



# CASTROVIEJO

## ORFEBRE DE LA LUZ

**H**ASTA hace unos años las tentativas de restaurar la visión en ojos afectados por graves opacidades de la córnea, incluyendo botones corneales plásticos, no resultaron eficaces, debido a la frecuencia con que eran expulsados los implantes. Hacia 1960 se logró un avance en las investigaciones y, desde entonces, la intervención sobre este tipo de enfermos pudo llevarse a cabo con crecidas posibilidades de éxito.

Fue un español, precisamente, quien hizo posible tales éxitos. Este español era un hombre de poco más de cincuenta años, afincado en Nueva York desde su juventud y a quien sus colegas íntimos norteamericanos conocen familiarmente por Cassi porque les resulta difícil pronunciar el más sonoro nombre español de Castroviejo.

El 15 de enero Castroviejo ha sido investido doctor «honoris causa» de la Universidad **SIGUE**



Arriba, el profesor Carreras Mara impone al doctor Castroviejo el birrete, durante la ceremonia en que fue investido doctor «honoris causa» de la Universidad de Granada. La ceremonia estaba basada en la constitución de la Universidad granadina del año 1512. A la izquierda, Castroviejo en el quirófano con su equipo de ayudantes.





El doctor Castroviejo en su despacho de la clínica neoyorquina del 9 E 91 Street.



Las señoritas Elsie Clordia y Benitez, secretaria administradora y recepcionista del 9 E 91 Street, son dos importantes colaboradoras del doctor Castroviejo.

de Granada, en una ceremonia basada en la antigua constitución de la Universidad granadina del año 1512. Su figura, que es siempre noticia en el mundo de la cirugía, es ahora también noticia en el ámbito nacional.

Castroviejo es el tronco principal de una dinastía de oftalmólogos, cuyas raíces nacieron hace tiempo en la Rioja. Fue el doctor Ramón Castroviejo Novajas, su padre quien encaminó al que luego sería una de las primeras figuras de la cirugía ocular en el mundo. Todavía, transcurridos muchos años y después de haber realizado cientos de operaciones a personas de todos los continentes, el doctor Castroviejo recuerda a su padre como primer orientador y maestro. Desde entonces hasta ahora el camino ha sido largo y duro: un camino de pionero. Porque una de las notas más definidoras de Castroviejo acaso sea la de no detenerse ante las dificultades. Fue Castroviejo quien empleó el año 1953 una nueva técnica en el acortamiento de la esclerótica, para la cirugía del desprendimiento de retina y quien perfeccionó la nueva técnica empleando clips de titanio para mantener la doblez esclerótica, procedimiento que registró en la sexta sesión anual de la Academia americana de Oftalmología y Otorrinolaringología celebrada en Chicago del 9 al 14 de octubre de 1955. Llevó a la práctica la posibilidad del trasplante corneal. Y cuando comprobó que había casos en que el trasplante de córnea no era posible y no podía remediar la ceguera, trató de superar este obstáculo y lo consiguió superándose a sí mismo. Con la ayuda de Cardona, joven investigador sudamericano, aplicó una técnica apenas utilizada hasta entonces —la prostoqueratoplastia— y en el congreso de Bombay, en 1962, presentó resueltos 106 casos, cuando el que más llevaba apenas media docena. Hoy la prostoqueratoplastia va camino de vulgarizarse y permite recobrar la visión a ojos que antes se dejaban desahuciados. La difusión de estas técnicas quirúrgicas —llevadas al máximo de sencillez— es algo que Castroviejo ha buscado siempre. No tiene secretos profesionales y su labor es clara y expansiva, aunque no es amigo de entrevistas periódicas cuando éstas se refieren a temas profesionales, que lógicamente deja para las comunicaciones en congresos y asambleas médicas, por considerarlo así más de acuerdo con la deontología profesional. A su sombra ha nacido un grupo de más de setenta becarios —siete de los cuales son en España catedráticos de Universidad, en Santiago, Barcelona, Valencia, Granada, Cádiz, Salamanca y Valladolid— quienes hicieron estudios de postgraduados en la clínica del 9 E 91 Street de Nueva York.

Esta dirección es familiar en la gran urbe norteamericana y vale, a veces, como un pasaporte. Hay taxistas que cuando escuchan la dirección responden:

—¡Ah, sí, a la Clínica de Castroviejo!...

La clínica está en una calle tranquila y corta, cerca de tres museos: el Metropolitan, el Guggenheim y el de la Ciudad de Nueva York... Al lado se encuentra el colegio del Sagrado Corazón y muy próxima una iglesia episcopaliana. Una pequeña ONU como lo es también la clínica, a donde van gentes de todo el mundo.

El edificio de cinco plantas, tiene delante una verja a estilo español. A las ocho y media de la mañana ya está Castroviejo en la primera, pasando consulta hasta la una. En poco más de cuatro horas examina unos cuarenta enfermos (80 ojos) y ve si cabe o no la intervención. Cada enfermo llega ya observado por un grupo de ayudantes.

Después de comer, pasa al quirófano. Son otras cuatro o cinco horas. No hay espectacularidad en su trabajo: al verlo, parece fácil operar. Como pionero en técnicas ha tenido que serlo también en la creación del instrumental: en el **Storz Eye Instruments** de 1965, hay 132 instrumentos suyos, casi el triple que de cualquier otro. En total lleva creados más de cuatrocientos instrumentos quirúrgicos. Acaso de todos ellos sean las tijeras de córnea lo más trascendental, porque han puesto la cirugía de cataratas al alcance de la mayoría de los operadores, mientras que antes, con cuchillete, era sólo para virtuosos... El enfermo entra en el quirófano con el ojo ciego, sale con el ojo tapado por las gasas y, poco tiempo después, ha recobrado la visión. Si meses más tarde se encuentra con Castroviejo y se apresura a saludarle, acaso no es reconocido por él. Pero esta situación dura poco, porque el ojo del ex paciente es su carnet de identidad. El médico dirige sobre él un haz luminoso de la pequeña linterna, que lleva en el bolsillo superior de la chaqueta, y seguramente dice:

—Ya le recuerdo. A usted le hice un trasplante de córnea hace medio año...

Al cirujano tampoco es difícil identificarle, aunque más fácilmente y por signos más externos. En los últimos años podía verse por las calles su figura, no muy alta pero bastante atlética, coronada por una boina típicamente española. Hoy suele llevar sombrero; sin embargo, su aspecto no ha cambiado: la misma viveza, el mismo vigor. Cuando sale de excursión carga en sus espaldas cerca de quince o veinte kilos. Allí va el material de fotografía. Es su gran hobby... después, claro está, de la oftalmología. Una buena parte de sus salidas es a casas de fotografía. Y, curiosamente, este hombre que gana cuanto dinero quiere, encuentra especial diversión en regatear unos pocos dólares a quienes controlan el negocio en Nueva York. Es casi seguro que las siete u ocho cámaras más modernas que haya en el mercado mundial están en su casa. Tie- **SIGUE**





**CASTROVIEJO**

Una sala de operaciones de la clínica Castroviejo, en Nueva York. El doctor ha sido el creador de casi medio millar de instrumentos quirúrgicos importantes.



A Castroviejo le gustan los animales. Sobre todo sus dos perros, «Lolita» y «Kiry».



De los hijos de Castroviejo, Allix y Christopher, hay imágenes por toda la casa.

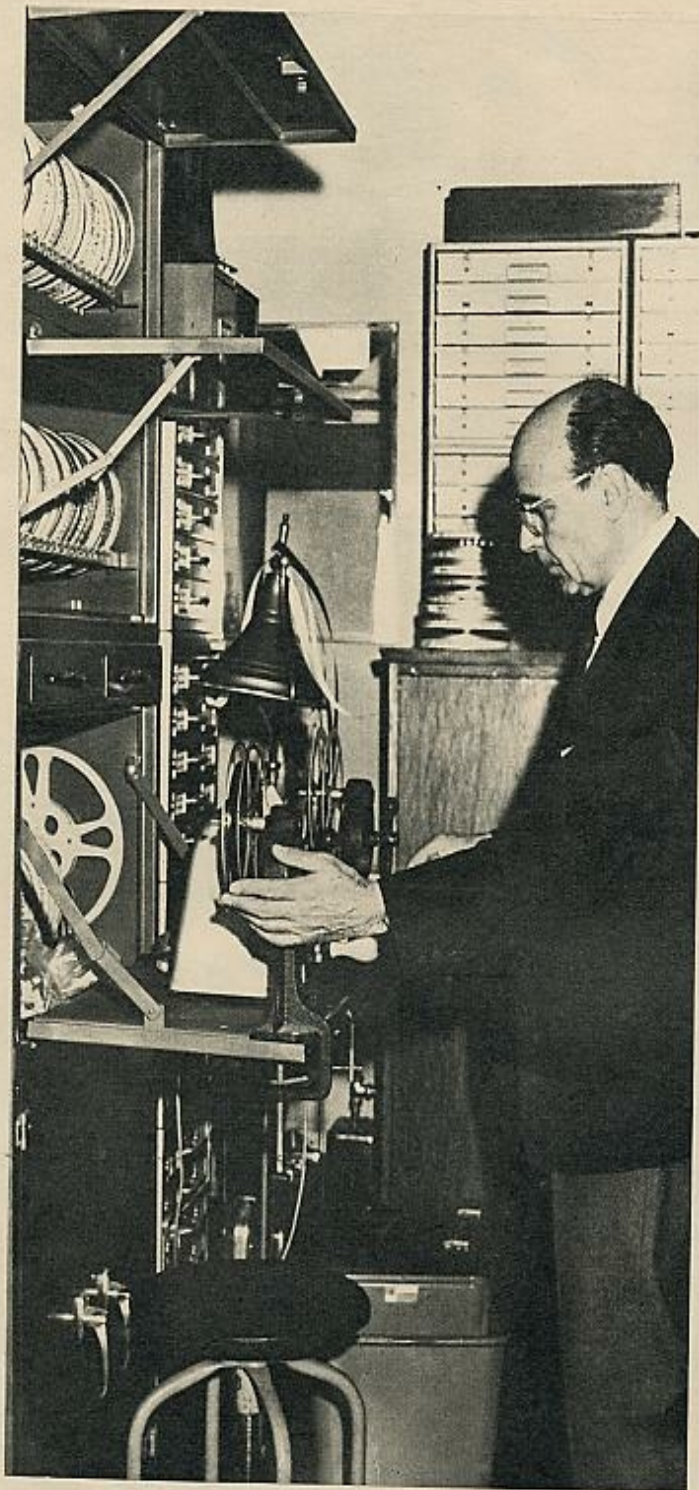


ne también un cameraman contratado para filmar la mayoría de las operaciones que, luego pasa a un cuidado archivo.

En contraste con este juego de regateo en ciertos establecimientos neoyorkinos, está su desprendimiento a la hora de costear becas. Cada doce meses un grupo de becarios pasa por la clínica del 9 E 91 Street. Muchos de ellos son españoles y Castroviejo ha logrado que españoles de España y de América doten algunas (en España han dotado dos el productor Benito Perojo y el hombre de empresa José Linten). Los becarios se ponen al día en todo lo que hay sobre cirugía ocular. En esto Castroviejo no es exclusivista: van a su clínica, pero, animados por él, también asisten a otros centros norteamericanos. A los españoles les pide que se queden en España, de donde él saliera hace treinta y tantos años. Sin embargo, no por eso ha dejado de ser español. Tiene como dos patrias y realiza entre ellas una especie de simbiosis. Raramente opera aquí, aunque viene con frecuencia. Sólo en Universidades o en casos afectivos: a finales de 1962 operó a su madre, una anciana que vive en Logroño, y a una sirvienta que lleva cincuenta años con la familia; la madre no quería otro médico que a su hijo.

Después de acabar las operaciones, por la tarde, Castroviejo sube a cenar. Durante dos horas descansa, durmiendo en un sillón, o cambiando desde allí los canales de la televisión. Le acompañan sus perros, Lolita y Kiry, unos caniches de color gris. Los perros son intocables. Tienen patente de corso para corretear por la segunda y tercera planta del edificio, que forman la vivienda de su dueño. Este, a las nueve y media baja a la biblioteca, donde trabaja hasta la madrugada.

Los días de descanso suele aprovecharlos para dar conferencias. Su vocabulario es de sintaxis perfecta, es de fonética heterodoxa. En las conversaciones íntimas se le escapa a veces alguna expresión castellana. Las conferencias de Castroviejo tienen siempre una audiencia nutrida. Sus primeros años en los Estados Unidos tuvieron cierto carácter polémico, porque hubo de romper la explicable reserva con que se acogía a este desconocido español —a este «foreign body»— entre los profesionales. Ahora la situación es distinta. Castroviejo se ha impuesto y los americanos le consideran uno de los suyos. No se identifica con ningún partido político. Vota por el candidato que le parece más honrado y beneficioso para el país. Le afectó profundamente como a todo el mundo, americano o extranjero, el asesinato de Kennedy. De su integración en la vida norteamericana da idea el éxito de sus comunicaciones científicas. Cuando se celebra en Chicago el congreso americano de oftalmólogos y otorrinolaringólogos, que reúne a más de dos mil personas en el Palmer House, Castroviejo es de los más escuchados.



La filmoteca donde son guardadas las películas de muchas operaciones importantes.

Como hay conferencias simultáneas, los congresistas han de elegir y pagan una pequeña tasa para montaje y mantenimiento del congreso (no hay recepciones previas, intermedias ni posteriores: sólo trabajo). Las charlas se dan en pequeños locales con una cabida de poco más de treinta personas, que es la media de asistencia. Las de Castroviejo se celebran en el Cristal-Hall, mucho más amplio.

Aunque Castroviejo tiene una llave de oro de la Warner Bros, que le permite entrar gratis en cualquier cine donde se proyecte una película de la productora; un carnet de la TWA para tener toda clase de fa-

cilidades en los viajes por sus líneas aéreas; otro de la policía neoyorkina, que se muestra generosa si llega la ocasión de multarle por infracciones de la circulación, y alguna más de estas curiosas sinecuras americanas, todavía mantiene la impronta española en muchas cosas. En las dos últimas plantas del 9 E 91 Street, se encuentra el que seguramente es único sanatorio oftálmico privado de los Estados Unidos. Lo forman habitaciones de dos y tres camas, donde está ausente el ambiente de hospitalización: nada de camas blancas; butacas multicolores, falta de pasillos... Castroviejo llega hasta allí por un privadísimo ascensor, para cuyo ma-

nejo se necesita una llave especial, donde sólo algunos íntimos tienen acceso. En todo el edificio apenas hay un sitio donde se pueda fumar. No tolera casi el humo de los pitillos y mucho menos el de los habanos, que han de tirar los sudamericanos que acuden a consultas. Sólo Boston, el viejo criado negro, fuma por todas partes e incluso lanza sobre el propio doctor grandes bocanadas de humo. A Boston nadie es capaz de prohibirle nada incluyendo al doctor Castroviejo. Es el personaje más importante de la clínica, sin él la clínica no podría funcionar. Es muy querido de los enfermos y tiene un gran sentido del humor. Como el doctor Castroviejo es un aficionado a la fotografía y posee más material fotográfico que muchos profesionales, tiene un estudio muy completo en sus habitaciones.

También Pepita, que lleva parte del trabajo doméstico y que nació en San Sebastián, tiene sus propios fueros. Castroviejo, aunque riojano, apenas bebe: los jugos de fruta, tan variados en USA, son su bebida habitual. En esto lleva una vida que envidiaría un deportista profesional. En esto y en su constancia para hacer gimnasia diariamente, costumbre que le viene de joven, cuando fue plusmarquista en jabalina y practicaba el disco, el tenis y la natación; ahora practica la última y un tenis tranquilo. En la calle de Miguel Angel, en Madrid, está la segunda casa de Castroviejo. Aquí se encuentran los retratos de sus dos hijos, Alix y Christopher, pintados por un español, Morales, protegido suyo cuando fue a Nueva York. Por la casa de 9 E 91 Street, pasan muchos españoles cuando van a la ciudad: Antonio, Chicote, Marisol, Paso, Andrés Segovia...

La dinastía Castroviejo se proyecta en España a través de los becarios, que tienen una asociación presidida por el profesor Casanovas, catedrático en Barcelona. Fundada en 1965, aprovecha los viajes del maestro a España para reunirse con él. El secretario de la asociación, don Luis Fernández Vega, reside en Oviedo, y es hijo y nieto de oftalmólogos; su hermano Alvaro es igualmente oftalmólogo y becario. Ambos nos hablan de algunos fines de la asociación: fomentar el espíritu de compañerismo entre los becarios; intercambio de conocimientos; establecer relaciones con becarios de otros países... Un problema importantísimo es la creación de bancos de ojos: actualmente las disposiciones legales impiden su existencia.

El pasado año en Sevilla, tuvo lugar una de las reuniones de Castroviejo y sus discípulos. Formados junto a él —en una convivencia que al principio puede parecer difícil por el carácter aparentemente hosco del maestro— constituyen hoy el embrión de la que, sin duda, será algún día la «Escuela Castroviejo».

V. M. M. R.  
(Fotos FIEL, MOVINC  
NUEVA YORK y ARCHIVO)



## CASTROVIEJO

Fiesta de la Hispanidad  
en Nueva York.  
Castroviejo, gran aficionado  
a la fotografía, filmó  
el acontecimiento cerca de  
la Iglesia episcopaliana  
próxima a su clínica.

